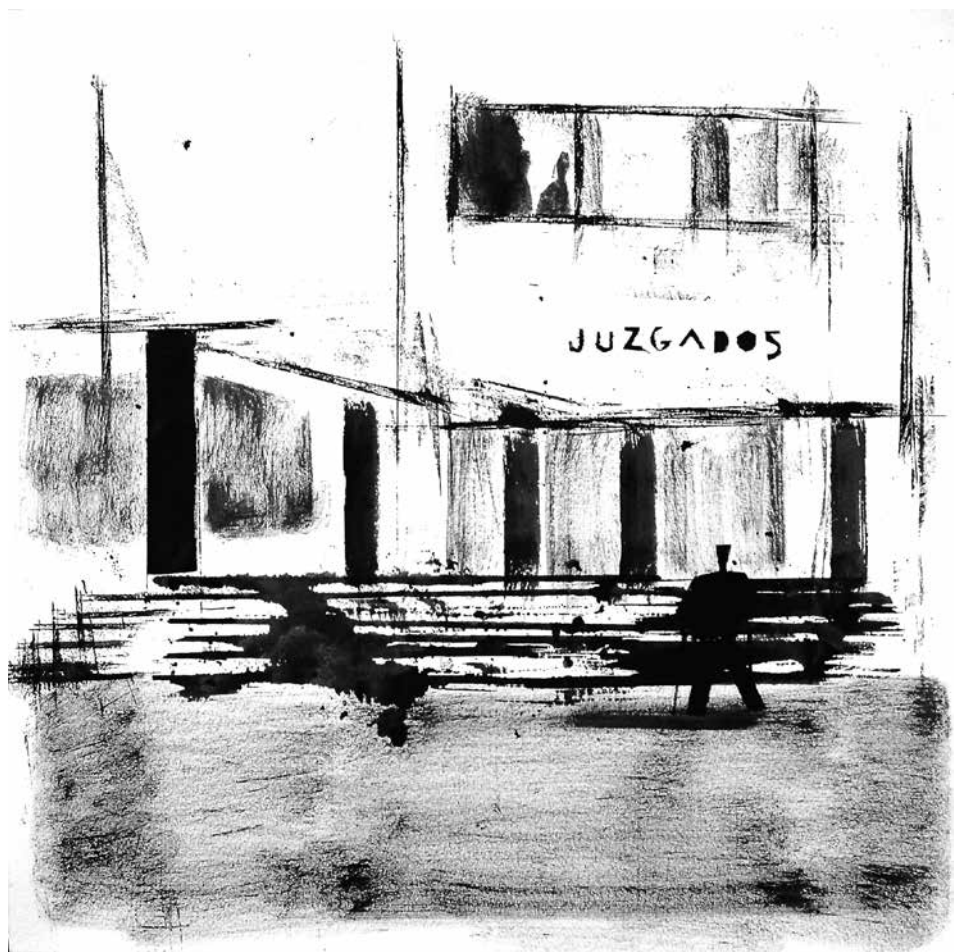


BORJA MARTÍNEZ-ECHEVARRIA



(Madrid, 1975). Estudió Derecho pero siempre con la vista puesta en el periodismo. Da gracias por haber aprendido de los mejores periodistas en medios como *Expansión*, *El Confidencial*, *Negocio*, *Alba* y *Expansión TV*. Ha dedicado diez años de su carrera a informar sobre el mundo de los bufetes de abogados. Ahora es socio de Pérez+Partners desde donde ayuda a los bufetes en su gestión, estrategia y comunicación. Ha saboreado la filosofía con un Máster de Humanidades donde cerró sus estudios con un trabajo sobre *El asombro como puerta abierta a la Belleza*. Ganó el Premio Abogados de Novela 2012 con *El bufete* y es coautor de la biografía de Antonio Garrigues Walker. Todo un reto.



EL ABOGADO

—Gustavo, ¿estás de guardia, verdad? —preguntó la funcionaria.

—Así es— respondió el abogado mientras avanzaba con dificultad por los pasillos de los juzgados. Las muletas le habían acompañado desde su infancia y las piernas, casi sin vida, servían para poco más que apoyarse. La espina bífida, que a él siempre le había sonado a algo de reptiles, había sido una complicación añadida durante toda su vida.

—Pues tienes un cliente en el 16. El abogado del turno de oficio que le atendió en la comisaría no puede venir y han dicho que se encargue el que esté de guardia.

—Perfecto. ¡Dejad paso a don Quijote, el defensor de las causas perdidas! —dijo Gustavo levantando una muleta y reforzando la sonrisa.

Tardó en llegar más de lo habitual. Los juzgados no sólo estaban colapsados de asuntos sino también de personas. Muchos evitaban el mínimo esfuerzo de subir una planta —o incluso bajarla— lo que saturaba los ascensores. «¡Ojalá pudiese subir yo por las escaleras!», suspiraba Gustavo cada

vez que el ascensor avanzaba lentamente salpicado de múltiples paradas.

En la puerta del 16 se encontraba Agustín, su cliente. La cabeza afeitada dejaba al descubierto un rostro de edad difícil de averiguar.

—Hola, ¿es usted Agustín? Soy Gustavo, su abogado.

Agustín se levantó de un salto y con una sonrisa de agradecimiento le estrechó entre sus brazos lo que provocó que a Gustavo se le cayesen las muletas y se le descolocasen las gafas.

—Muchas gracias por defenderme. Pensaba que vendría Ismael. Fue muy amable en la comisaría.

—Está enfermo —dijo el abogado después de sentarse en el banco, atusarse el pelo y abrir una carpeta con el expediente del caso.— Así que le acusan de desobediencia a la autoridad... Cuénteme...

—La realidad es que es cierto...

—Mejor no diga eso en el juicio —dijo Gustavo sin levantar la mirada del expediente.

—Me senté delante de un establecimiento para impedir que entrasen clientes. Vinieron varios policías, me levantaron como un saco de patatas y me llevaron a la acera de enfrente. Yo me levanté y volví a colocarme en la acera del establecimiento. Así varias veces hasta que me detuvieron y me llevaron a comisaría.

—¿Y por qué lo hizo? —preguntó Gustavo con un punto de intriga.

—Para salvar vidas —contestó Agustín con una sonrisa orgullosa.

Gustavo se frotó los ojos entre incredulidad y cansancio. La noche anterior había sido estresante con dos detenidos que atender en distintas comisarías.

—¿Y qué tipo de establecimiento era?

—Un abortorio.

Gustavo resopló.

—¿Te refieres a una clínica de abortos?

Su defendido ladeó la cabeza y chasqueó los labios.

—Bueno, yo no lo llamo clínica. Las clínicas están para curar a la gente...

Un atisbo de sonrisa apareció en los labios del abogado.. Un funcionario salió a la puerta y dijo en voz alta:

—Don Agustín Águila Piedra.

—Ése soy yo —dijo mirando al abogado.

—Vaya entrando. Tengo que hacer una llamada.

El juez miraba el expediente con el hastío propio del trabajador de una cadena de montaje, pero un ligero fruncimiento de sus cejas desveló que el siguiente caso le llamaba la atención.

—A ver, Jaime, cuéntame los hechos —dijo al fiscal con la familiaridad de mil batallas juntos.

El fiscal no omitió detalle alguno. Después de escucharle, parecía que Agustín había asaltado, por la fuerza y con hordas de manifestantes, aquel pacífico establecimiento donde se ayudaba a las mujeres a solucionar problemas.

—¿Y no habéis pactado?

—El acusado admite los hechos pero...

—Señoría —interrumpió Gustavo—, mi cliente admite los hechos pero no tal y como han sido relatados por el ministerio fiscal quien, después de lo escuchado en esta sala, podría replantearse su carrera jurídica y probar suerte en el mundo de la ficción televisiva.

El fiscal lanzó una mirada aburrida a Gustavo, sabía que eran tretas de abogado que a él no le iban a distraer, y siguió su discurso.

—Como decía, admite los hechos pero no acepta la multa propuesta.

El juez consultó algo con la secretaria judicial y se frotó la incipiente barba que esa mañana no se había afeitado.

—¿Hay algún testigo?

—Sí, señoría —dijo el fiscal—. Queremos escuchar al policía encargado del operativo aquel día.

El policía entró vestido de paisano. No le gustaba tener que testificar en su día libre. El agente detalló lo ocurrido la mañana de autos. Su declaración aséptica y casi monótona estaba salpicada de tecnicismos policiales que resultaban casi cómicos. El acusado no dejó de sonreír con una familiaridad chocante mientras miraba al policía.

—¿Sabe usted si es la primera vez que ocurre? —preguntó el juez al testigo.

—Señoría, Agustín... digo, el acusado, es un viejo conocido nuestro. No es la primera vez que desobedece nuestras órdenes y bloquea de alguna forma la entrada al establecimiento.

—¿Usó la fuerza el acusado en algún momento?

El policía levantó la vista como queriendo recordar. El fiscal seguía el juicio con el interés justo. Un día más en la oficina. Él seguía soñando con un puesto en procesos de mayor envergadura. Mientras tanto le tocaba lidiar en plazas de talanqueras.

—No, señoría.

El juez anotó algo en sus hojas. Miró a Gustavo. Eran conocidos. ¡Quién no iba a conocer a Gustavo en los juzgados! Su forma de arrastrar las piernas por los pasillos y sus gafas de pasta siempre descolocadas eran un clásico que todos conocían. Gustavo era la encarnación del esfuerzo. Pocos conocían su historia más allá del nombre de su enfermedad y de lo mucho que todos se imaginaban que le había costado terminar sus estudios y llegar a ser abogado. Ejercía con otro compañero en un pequeño despacho que se encontraba al otro lado de la calle. Le gustaba su profesión y disfrutaba formando parte del turno de oficio que él definía como «un grupo de abogados selectos y escogidos que defendían a los que no podían defenderse». Encontraba tanta satisfacción

en lo que hacía que destinaba sus escasos ingresos como abogado de oficio a una fundación que ayudaba a niños con la misma malformación que él.

—Letrado, supongo que no presenta testigos así que voy a...

—Con la venia, señoría, en este caso sí que desearía presentar un testigo —apuntó Gustavo. La propuesta sacó a la sala del sopor. El juez se quitó las gafas y la secretaria judicial levantó la vista por primera vez en la mañana. El fiscal miró incrédulo al abogado. El acusado seguía sin que se le cayese la sonrisa del rostro aunque no sabía qué testigo podía presentar Gustavo si le acababa de caer la defensa entre manos.

—Vale, Gustavo, ahora sí que me has sorprendido. ¿De quién se trata?

—Llamo a declarar —a él le gustaba decirlo como en las películas americanas —a María Luisa Montoro Soria.

La testigo avanzó y se situó frente al micrófono. No soltaba el bolso. Rondaba los sesenta años aunque su aspecto castigado por la vida impedía ajustar la edad. Después de identificarse comenzaron las preguntas del abogado.

—¿Tiene usted vinculación o parentesco con alguna persona de esta sala?

La testigo pareció no entender la pregunta y miró a Gustavo muy perdida.

—¿Conoce a alguien que está aquí presente? —repitió Gustavo en cristiano.

—Claro, a ti. Eres mi hijo.

El juez dejó caer el bolígrafo y el fiscal abrió sus brazos como pidiendo una explicación. Gustavo hizo un gesto para apaciguar los ánimos de los presentes y continuó.

—¿Cómo se quedó embarazada?

Su madre le miró disgustada. No entendía por qué tenía que explicar en público sus secretos más íntimos. Pero si su niño se lo había pedido ella lo haría.

—Una vez conocí a un chico. Me quedé embarazada. No se crea señor juez que yo era una cualquiera pero es que...

—Tranquila, señora, continúe.

—El padre no quiso saber nada. Se fue de Madrid en cuanto se enteró y nunca he vuelto a saber de él. Me quedé sola. Mis amigas me decían que abortase. Aunque ya se podía, la verdad, es que no terminaba de estar bien visto. Además, el médico me dijo que el bebé venía con muchos problemas y malformaciones. Finalmente me decidí a abortar. ¡Qué iba a hacer yo! Usted me entiende —dijo sacando un pañuelo del bolso y mirando al juez—. Una tarde fui a la clínica donde me iban a hacer el aborto. Cuando llegué había un grupo de jóvenes en la acera delante de la puerta. Estaban cantando. Tenían algunas pancartas y eso. Decían que no se debía abortar y que aquello era ya un niño. Uno de ellos se acercó a mí casi por sorpresa. Yo no quería hablar con él pero me habló con calma y cariño. Era lo único que yo necesitaba. Alguien que me comprendiese.

María Luisa paró y se sonó la nariz con estruendo. Su hijo la miró con cariño. Su madre continuó con su relato.

—Me ofrecieron ayuda para sacar adelante a mi hijo. Y yo acepté. Me volví para casa... Y ahí está mi niño —dijo sonriendo en dirección a Gustavo.

El fiscal intervino.

—Una historia conmovedora, señoría, pero todavía no sé qué tiene que ver con este caso.

Gustavo respondió de inmediato.

—Señoría, mi defendido, con su actitud, salva vidas de personas. Personas como yo que, aunque a mi madre le auguraron un monstruo de hijo, salen adelante, estudian una carrera, defienden a detenidos sin recursos y llevan una vida estupenda.

El silencio se apoderó de la sala.

—Pero parece que el acusado desobedeció a la autoridad y perturbó la paz frente a una clínica donde todo lo que se hace es legal —apuntó el juez.

—Así es, señoría. Eso es lo trágico. Que todo es legal. Agustín Águila Piedra salva vidas sin echar mano de la violencia. Se sienta en la acera e intenta que, al menos durante esa mañana, se salven vidas. Ya sé lo que dice la ley pero a usted le toca impartir justicia. Si la justicia fuese sólo aplicar unas normas rígidas a unos hechos concretos, muy pronto los jueces serían sustituidos por robots. Pero aquí hay una responsabilidad mayor en sus manos. ¿De verdad va a condenar a mi cliente por sentarse en la acera y salvar vidas?

María Luisa se dio la vuelta. Besó con ternura la mejilla de su hijo y le arregló el nudo de la corbata.

—No llegues tarde a casa que hoy te he preparado albóndigas.

Y siguió por el pasillo.

El juez observó cómo la mujer abandonaba la sala y se pellizcó los labios mientras paseaba la vista por la sala. Supo entonces que aquella sentencia le iba a costar un disgusto.

